

SEDUCCIÓN, ESTIGMA Y PEDERASTIA¹

Pedro Alzuru

Esa edad situada entre los trece y los dieciocho años aproximadamente, que tantos trastornos afectivos y culturales provocó en la antigüedad griega y latina, todavía sigue provocándolos y quizá siempre será así. ¿Por qué?

La adolescencia, ese periodo de crecimiento, esa indefinición entre infancia y madurez, vista y sentida como una instancia exterior e interior a la vez, es decir como un periodo en el que ya no estamos y vemos entonces con distancia, con objetividad, desde una mirada científica y como una sensibilidad que todavía nos ocupa, que nos invita a la trasgresión, al gregarismo y a la pasión, es un fenómeno que, a mi modo de ver, nos produce una compleja experiencia que se debate entre la seducción y el estigma.

SEDUCCION

La adolescencia nos seduce porque en ella se prolonga el paraíso que es la infancia, en ella somos en parte niños todavía, porque conservamos cierta irresponsabilidad en nuestros actos, el sustento no depende de nosotros, la familia, la escuela y la comunidad nos protegen, nos miman, quieren socializarnos, hacer que introyectemos la Ley, pero solapadamente envidian la irreverencia, la vagabundería afectiva del que todavía deja que su vida esté más dirigida por los impulsos que por el deber ser. Pero por otro lado tenemos ya un cuerpo de adultos, la efervescencia hormonal ha hecho que los atributos masculinos y femeninos sean más evidentes que en el niño, también queremos demostrar una experiencia que no tenemos, equipararnos a los adultos en su libertad de decisión.

La publicidad a través de todos los medios que hoy maneja, es un claro ejemplo de esta seducción que ejerce la adolescencia, todo se vende con la imagen del cuerpo idolatrado del adolescente, existe, como los más importantes críticos lo han constatado en la

¹ Ponencia en II Jornadas de Criminología Psiquiátrica. Adolescencias, ULA-Mérida, 16 al 20 de julio de 2000.

sociedad actual, una juvenilización de la cultura. Esto lo podemos ver en la creciente importancia del cuidado del cuerpo, las practicas deportivas, las dietas, el uso de medicamentos y drogas con el fin de fortalecer y prolongar las capacidades físicas, las investigaciones médicas y los usos médicos que puede tener el desciframiento del genoma humano, los gustos vestimentarios, las modas, las actitudes, la estetización del mundo. Todos queremos ser jóvenes, jóvenes aun o adultos contemporáneos, algunos hablan hasta de una dictadura de lo juvenil o en todo caso del mito que nos hacemos de la eterna juventud.

La adolescencia nos seduce y esto, en cierto sentido, es problemático. La religión, la moral, la filosofía y ciertas posturas del psicoanálisis se han encargado de mantener hasta hoy una asociación entre la seducción y el mal, con las transfiguraciones que éste toma en cada época o circunstancia: el sexo, la apariencia, la perversión. La seducción entra así en contradicción con ciertos valores básicos de la modernidad, tales como lo natural y la producción, ya que se sitúa en el orden del artificio, del signo, del ritual. La seducción destruye el orden, sea de Dios, de la producción o del deseo, en este sentido seducción y feminidad se confunden, los ordenes institucional y disciplinario siempre se han sentido amenazados por la reversibilidad que representan, es decir lo otro del poder, del significado, del sexo. Presenciamos hoy el conflicto virtualmente sin fin entre el orden en todas sus expresiones, por un lado, que trata de administrar todos los consumos, gastos y placeres y la seducción, por otro lado, la feminización, la erotización, la juvenilización que, con su incertitud, con su proliferación, confunden al mismo orden que trata de destruirlas.

La juvenilización, la omnipresencia de la imagen del adolescente, se ha impuesto junto a la feminización. Cuando decimos feminización no decimos feminismo, la feminidad no es lo que se opone a la masculinidad sino lo que la seduce, estamos en una condición en la cual las oposiciones distintivas han sido sustituidas progresivamente por el juego, el desafío, las relaciones duales y la estrategia de las apariencias. Es en esta transición que se comprende la seducción que ejerce la adolescencia, como parte de una reconfiguración cultural y civilizacional más amplia. La soberanía de la seducción no es

comparable con la detención del poder político o sexual, “la seducción representa el manejo del universo simbólico, mientras que el poder representa el control del universo real” (Baudrillard, 1979). Lo que realmente sustituye la estructura falocrática del poder, el orden de la verdad y del sexo, no es el poder femenino o el poder joven, éstos mas bien lo prolongan, es la seducción que ejerce lo femenino y lo juvenil, no la presunción de la verdad sino el manejo de las apariencias, el juego, la reversibilidad.

En tal sentido la propuesta que queremos adelantar no debe entenderse como la asunción de la tesis freudiana del cuerpo como destino, en este caso el cuerpo femenino y el cuerpo adolescente. Si es cierto que la cultura occidental se ha teñido en las ultimas décadas con los valores que irrumpieron a finales de los '60, entre ellos lo femenino y lo juvenil, hoy presenciamos el despliegue de su potencia desestructurante: la especificidad de lo femenino no se detiene en la refracción de las zonas erógenas, en una erogeneidad descentrada, polivalente y difusa del goce y en la transfiguración del cuerpo por el deseo; la especificidad de lo adolescente no se detiene en las capacidades deportivas, la plasticidad, la tonalidad muscular, la disponibilidad permanente. Todo esto es importante y se inserta en el fenómeno más general de la estetización del mundo, pero en todo ello el cuerpo da pie al juego metafórico y metonímico de las apariencias, de lo contrario nos quedaríamos definitivamente en el cuerpo como destino, se trata del cuerpo pero del cuerpo entregado a las apariencias, a las representaciones: “pues sólo la seducción se opone radicalmente a la anatomía como destino”(Ídem), porque quiebra la sexualización distintiva de los cuerpos y la economía fálica que inevitablemente resulta de ella.

El orden de lo real, de la psicología, de la anatomía, de la verdad y del poder no es subvertido en su infraestructura sino seducido por el juego de las apariencias, la puesta en escena de lo femenino y de lo adolescente como apariencia, como indistinción, como simulación, como ambigüedad. En tal sentido, lo femenino no es el polo sexual que se opone a lo masculino sino lo que hace vacilar los polos sexuales, su incerteza. De igual manera, la adolescencia no es el periodo etario que se opone a la madurez sino lo que hace ambiguo el paso de una etapa a la otra. Así como existe un travestismo que lleva a

la indistinción de los sexos, queremos desarrollar un travestismo que lleve a la indistinción de las edades. No sólo como la costumbre lo señala, la atracción de un sexo por el otro sino la indistinción, la atracción simultanea de lo masculino y lo femenino del otro; no sólo la atracción que siente el adulto por el adolescente y viceversa sino la atracción paradójica, ambigua, de lo adolescente y de lo adulto del otro. Al desorden sexual actual, deseado y temido, se sumaria el desorden de las edades, una pederastia generalizada, transmitida en dosis homeopáticas por todos los medios. Esta es, a nuestro modo de ver, la seducción de la adolescencia, la forma que adquiere el mito de la eterna juventud en la cultura contemporánea.

Los signos se juxtaponen y se separan así del ser biológico, no son su expresión fiel, lo que seduce a los travestis, a una cultura de travestis, no son los sexos ni las edades sino los signos: el maquillaje, el teatro, el sexo como juego total -gestual, sensual, ritual, irónico-. La seducción es lo que está más allá de la diferencia sexual y de la diferencia de edades, más allá de la perversión porque no son polos, identidades que se sacan del camino recto unas a otras, sino identificaciones circunstanciales y sucesivas, signos que se seducen entre sí. Este juego contemporáneo de los sexos y de las edades pone en entredicho también la idea de una instancia profunda donde se jugaría en última instancia la identidad, el estado latente, ya que todo se juega en la superficie, en la parodia de las diferencias: apropiación de lo masculino por la mujer, apropiación de lo femenino por el hombre, apropiación de la adolescencia por el adulto y de la adultez por el adolescente.

Lo que seduce al hombre adulto, supuesto eje de lo social, encarnación del poder, no es tanto el cuerpo femenino y el cuerpo adolescente, sino la imagen, los signos, el mito que se hace de esos cuerpos. La cultura, dirigida por el hombre adulto, paradójicamente se feminiza y se juveniliza, se empapa de las formas, valores, prácticas, ambientes que caracterizan a la mujer y al adolescente. La cultura falocrática es seducida por lo femenino y lo adolescente, la fortaleza fálica muestra sus debilidades frente a sus tradicionales objetos de seducción, la mujer, el efebo; seductor seducido. Podemos imaginarnos, por supuesto, que se trata de una nueva estrategia de normalización, de

tolerancia, de cambiar para permanecer iguales, pero se nos hace que esta promoción creciente de lo femenino y de lo adolescente no deja indemne a la masculinidad, la masculinidad ya no es lo que era. Se nos hace tanto o más comprobable la hipótesis de que lo adolescente, entendido como lo que confunde a la madurez, y lo femenino, entendido como lo que confunde a lo masculino, han llegado para revertir la homosocialidad adulto-masculina dominante hasta hace muy poco.

Pero esto no ha sido producto de un proceso natural, de una liberación, enfrentamiento, rivalidad o estrategia, ha sido producto del artificio, del juego, del ritual, de la seducción, de una ligera pero progresiva torsión cultural que nos fue situando, sin darnos cuenta, del otro lado de la serpentina, ha sido producto de la saturación de unos valores y de la emergencia de otros. No se trata, sin embargo, de una sustitución, la homosocialidad adulto-masculina no está siendo sustituida, creemos, por un supuesto poder femenino y adolescente, se desplazaría así una homosocialidad por otra, derivamos, más bien hacia una indeterminación erótica, algo que puede provocar cierta angustia en esta nuestra cultura latinoamericana, venezolana, acostumbrada a identidades bien definidas. Esta tendencia es para nosotros evidente en la cultura contemporánea, no creo que sea evidente para todos. También notamos la actitud, quizá mayoritaria en nuestros países, de aquellos que sí ven el proceso y reaccionan a ello intentando atrincherarse en valores fuertes, unilineales, eternos y pregonan estos valores culturales fundamentalistas por todos los medios en un intento desesperado de reterritorialización.

ESTIGMA

Las situaciones estigmatizantes que tan frecuentemente tienen que ver con los adolescentes pueden sorprender, puede verse como forzada la asociación adolescencia-estigma.

El estigma es en principio una característica física que se cree influye en la generación de una conducta considerada indeseable por la sociedad, lesiones orgánicas y trastornos funcionales que evidencian una constitución anormal posiblemente hereditaria; una peculiaridad natural tenida como signo de degeneración. A lo largo de la historia el

término ha sido empleado para hacer referencia a signos desacreditadores o afrentosos que resaltan los aspectos negativos de las personas.

Pero los grupos humanos estigmatizan a algunos de sus miembros o a miembros de otros grupos con o sin razón, la estigmatización puede estar o no estar justificada por un signo real, ese signo puede ser producto de los temores del grupo, de sus prejuicios o de su mala fe. En cualquier caso ese proceso de identificación y etiquetamiento implica para el individuo problemas psicológicos y sociales que pueden contribuir con su desviación, en el caso de que el etiquetamiento sea injusto la desviación no es entonces un proceso natural del individuo, por decirlo de alguna forma, sino provocado por el grupo, el grupo puede empujar al individuo a la desviación.

Toda sociedad se rige por normas, pero los seres humanos no son programables como las máquinas, afortunadamente, ya que si bien las normas son necesarias para el funcionamiento de la sociedad, muchas de ellas son impuestas con el fin de someter y no con el fin de hacer funcionar, la norma crea así lógicamente la desviación y esa desviación puede ser tanto signo de inadaptación de una persona como signo de salud de un grupo, respuesta a una ley que en vez de facilitar el funcionamiento social lo dificulta. Este signo de salud social, si se puede hablar de tal cosa, no siempre es visto por la mayoría, y son muchos los casos en que la sociedad sacrifica a sus hijos inocentes. El estigma es entonces una práctica que de una u otra forma se encuentra en toda sociedad.

La diferenciación al interior de la sociedad puede ser positiva o negativa. La adolescencia parece ser un período de edad diferenciado positivamente: los adolescentes son los hombres y mujeres del futuro, representan un momento de máxima potencialidad física y psíquica, poseen cuerpos ideales, no se les exige producir porque están en formación para llegar a ser ciudadanos modelos. Esto, por supuesto, en el mejor de los casos, porque en el peor de los casos, que es en el que estamos, debemos hablar de una sociedad cuyas instituciones básicas de socialización, familia, escuela, comunidad, medios de comunicación, no están en la capacidad de socializar sino a una

minoría de los hijos que trae al mundo. El resto, la mayoría, sin ningún signo visible que los haga estigmatizables, son empujados a la calle, a la sobrevivencia, a una vida donde la misma vida ya no es un valor, nacen estigmatizados.

El estigma aparece allí donde surge una identidad social normalizada, es decir en toda sociedad, ya que las normas generan tanto ajuste como divergencias. La sociedad está interesada en hacer conocer y cumplir sus leyes, ese es el objetivo básico de la socialización. Pero esa socialización, como señalamos, no es un programa, con el sentido que se le da a este termino en la informática, es un proceso que por múltiples razones, no siempre culmina con la introyección total de la Ley por el recién llegado, niño o extranjero. La persona pudo no haber estado en condiciones de conocer la Ley, la conoció mal, o la conoció bien pero está total o parcialmente en desacuerdo con ella, finalmente la Ley –como la cultura que la adopta- es una perspectiva, una arbitrariedad. Es tan normal la Ley como los desacuerdos que puede provocar, y si ese desacuerdo se generaliza se debe redefinir, esta es en gran parte la historia de las instituciones de las que se dotan las comunidades para vivir.

En este sentido encontramos todas las posibilidades: leyes que son muy fáciles de cumplir, leyes que cumplimos con alguna o mucha dificultad y leyes que son difícilmente acatables, no sólo porque las personas no quieren sino porque no pueden. Así como existen leyes que se crean para discriminar, para segregar y diferenciar explícitamente, sea porque el grupo dominante en la sociedad encuentra un signo o un comportamiento previo o sea por interpretaciones inexactas, percepciones aisladas, parciales, interesadas y prejuiciosas.

Ya creado el estigma, la persona o el grupo puede reaccionar de distintas formas: puede sufrir, ya que su situación le dificulta vivir normalmente; puede sobreponerse y actuar –violenta o sutilmente- contra la sociedad o el grupo que lo discrimina; puede tratar de pasar desapercibido, ocultar ese signo que lo diferencia, convertirse en un experto de la normalidad y actuar en consecuencia. Estas distintas actitudes ante el rechazo estigmatizador pueden contribuir a la creación de grupos, subculturas que permanecen

al interior de la sociedad tratando de integrarse a la misma, de modificarla o de destruirla.

Todas estas manifestaciones y variaciones pueden percibirse en la relación entre la sociedad –occidental, latinoamericana, venezolana, merideña, etc.- y la adolescencia. Tenemos que interrogarnos en cada caso, por supuesto, cuál es nuestra situación, qué estamos haciendo con los adolescentes, cómo funciona ese complejo y siempre inacabado proceso de conversión del recién llegado en hombre ordinario.

El estigma del que justa o injustamente la adolescencia es objeto en las sociedades contemporáneas no es fácilmente visible. No podríamos decir que se basa en abominaciones corporales, en deformidades físicas. El cuerpo del efebo y de la ninfa (Lolita) es, al contrario, objeto de adoración, en torno al mito que genera gira gran parte de la literatura, del arte, de la cultura de masas. Tampoco podemos decir que tiene su origen en los defectos de carácter del adolescente, su falta de voluntad, sus pasiones, sus creencias, sus adicciones. Falta de voluntad, pasiones perversas, creencias tiránicas, adicciones, están muy bien repartidas en todo el cuerpo social. De tratarse de un estigma tribal sería igualmente extraño ya que se trata de una tribu efímera, que se termina en pocos años, por la cual pasamos todos y en la cual todos queremos permanecer. Un corto período de la vida biológica de las personas que la cultura actual ha idealizado.

A menos que ese cuerpo ideal, ambiguo, indefinido, reversible; ese carácter apasionado, cambiante, temperamental, hipersensible, emotivo, frágil; esa tribu efímera, mitificada por su finitud; sean estigmatizados por las mismas razones que nos seducen. Puede ser entonces que, como pasa en las relaciones entre amantes, el objeto de amor se revierte en objeto de odio, el objeto que nos seduce se convierte en sujeto estigmatizable.

PEDERASTIA

Para entender esta relación compleja, marcada por los extremos de la seducción y el estigma, que sostienen en la sociedad contemporánea adultos y adolescentes, creo que

puede ser interesante conocer parte del significado de la educación pederástica en la Antigua Grecia.

La pederastia ocupaba un lugar muy importante en la educación de los jóvenes espartanos, se trata de una actividad paidética que incluye los aspectos sexuales, aunque no es exclusivamente sexual. Para entender la relación pederástica que se establecía en las instituciones efébicas espartanas, y en otros lugares, debemos entender el significado que los griegos le daban al amor. La pareja arquetipo del amor pasional está compuesta por dos varones; un varón adulto y maduro, el *erasta*, y otro adolescente o preadulto, el *erómeno*, que cuenta entre 15 y 18 años. Este tipo de prácticas e instituciones no son una exclusividad dórica, aunque en esa sociedad, al parecer, tuvo mayor importancia, sobre todo en Creta y Esparta. Se trataba de una especie de compañerismo militar, entre guerreros, distinta por ejemplo, a la pederastia iniciática y sacerdotal que se encuentra en algunas sociedades tradicionales en la actualidad. Pero semejante a la existente entre los Templarios y en la *Hitlerjugend*, amistades varoniles totalizadoras propias de sociedades guerreras, en las que el medio varonil se cierra sobre sí mismo y excluye a las mujeres, provocando una exaltación del amor masculino.

La sociedad griega es un “club de hombres”, los socráticos pensaban que un ejército indestructible sería el formado por parejas de amantes varoniles. En Creta el adolescente noble recibía de su amante una verdadera educación, complementada por el círculo de amistades. Su formación incluía una estadía en el campo de unos dos meses, a modo de luna de miel. Al regreso, el efebo era solemnemente recibido y su amante le obsequiaba una armadura que lo convertía en escudero y caballero, pasando a formar parte de los Ilustres.

El amor griego subyace en el ideal moral y educativo helénico. El amante de más edad desea adquirir prestigio ante el amado y éste le corresponde con un sentimiento similar, ambos pugnan por la gloria y ello da lugar a un código de tipo agonístico: la relación amorosa es el lugar ideal donde desarrollar una emulación generosa, la camaradería de

las armas origina una ética caballeresca, cimentada en el honor. Así, en la tradición antigua, la pederastia estaba vinculada al valor y al coraje.

Este sentimiento sufre un sesgo al deslizarse desde el plano militar al político. El amor masculino dio lugar a crímenes pasionales en esa atmósfera en que los celos y el orgullo viril se exacerbaban. Los amantes disputaron hermosos y honestos muchachos a los tiranos, estas disputas, al lado del amor por la libertad política, provocaron las insurrecciones, es decir la hazaña de la libertad política era celebrada y propuesta como la más alta a la admiración y a la imitación de la juventud; en el pensamiento griego un sólido vínculo une la pederastia con el honor nacional y el amor por la independencia y la libertad.

La pedagogía clásica hace del amor un medio ambiente y un método, es un amor activamente educador, que se dispone a educar; es un medio masculino cerrado que tiene una inspiración pedagógica; es una suerte de necesidad profunda, sentida por los hombres, en cuya ejecución sienten realizarse plenamente como varones; la esencia de la pederastia no está en las relaciones sexuales perversas sino en una sensibilidad, una sentimentalidad, un ideal misógino de virilidad total.

La relación pasional, el amor, implica el deseo de lograr una perfección superior, un valor ideal, la *areté*. Es ennoblecedor para el *erasta*, el mayor, saberse admirado y tomado como modelo; pero la educación que esta relación amorosa implica afecta sobre todo al *erómeno*, el adolescente. Se trata, considerando los análisis de Platón y del psicoanálisis, de una versión del instinto ordinario de reproducción, de perpetuarse en alguien similar a sí. Puesto que carnalmente ello no es posible, se sublima el deseo en el plano pedagógico. Como señala Platón, “el objeto del Eros (pederasta) es procrear y engendrar en lo Bello”.

La familia no era el marco adecuado para una educación completa, la mujer sólo asistía a los hijos hasta los siete años y el padre estaba dedicado a la vida pública, por ello la relación *erasta-erómeno* se concebía como una auténtica comunión, una vinculación

directa y profunda con el maestro, que es iniciador y guía del educando, aunque podía adquirir características de relación totalizadora y absorbente, ya que se hallaba teñida por el amor pasional. La más perfecta educación era, por eso, la pederastia.

Una sociedad que permita a uno de los dos sexos convertirse en un medio cerrado y autónomo verá necesariamente constituirse un medio paralelamente cerrado en el otro. La simetría alcanzó el terreno educativo por el testimonio que ofrece Safo de Lesbos, poeta, nacida hacia el 612. Fue el centro de una especie de cofradía que honraba a Afrodita y a las Musas y estaba compuesto por muchachas. Vivía con ellas en intimidad y afecto. Las jóvenes recibían una educación complementaria entre su infancia y la edad del matrimonio, esta educación tenía lugar en una cofradía o *Thiasos* en que, bajo la dirección de una maestra, la personalidad de la educanda se configuraba según un ideal de belleza que aspiraba a la Sabiduría. Es, por lo tanto, territorio igualmente de Eros. Los poemas sentimentales de Safo son fogosos y apasionados, en ellos se lamenta de matrimonios o traiciones sentimentales que alejan de sí a sus discípulas. Platón convertirá el Eros pederástico en algo metafísico, en una aspiración del alma hacia la Idea. Pero en Safo no se ha cumplido esa fase todavía y se trata de un Eros ardiente. En algunos textos se citan otras dos educadoras de esta clase, Andrómeda y Gorgo.

¿Cuál es la relación entre seducción, estigma y pederastia?

Nosotros no somos griegos ni tenemos que ser como los griegos, la referencia a esa cultura primordial, lejano origen de la nuestra, puede servirnos sin embargo para relativizar nuestros hábitos y costumbres, para entender que toda cultura es una convención, una arbitrariedad, y se pueden introducir cambios cuando se hace necesario. No se trata de cambiar por cambiar, del frenesí de la novedad que marcó la dinámica de la modernidad, tampoco se trata de una nostalgia griega. Sí tenemos que reconocer que en las sociedades actuales, me refiero a la vida cotidiana de la sociedad venezolana, pero creo que las cosas no son muy distintas en toda la cultura occidental, la relación entre mayores y menores, adultos y adolescentes, son demasiado distantes. Que la adolescencia nos seduce es evidente con sólo observar la cultura actual, en la literatura, en las artes, en los medios de comunicación de masas, las costumbres, las

modas, etc., la imagen del adolescente es omnipresente, no sólo la imagen, sus practicas deportivas, su vida en el barrio, su manera de vestir y de comportarse. Todos esos productos no son sólo para el consumo del sector que en ellos se expresa, es para el consumo general, para esta sociedad de mirones que somos.

Pero ese interés innegable se mezcla en la práctica con el rechazo, los prejuicios, el etiquetamiento, el estigma. La adolescencia nos interesa como espectáculo pero le tenemos temor a la relación directa, cuerpo a cuerpo, cara a cara. Nuestra relación con la adolescencia está demasiado marcada por el ideal platónico y su heredera directa, la moral cristiana; no casualmente Nietzsche se planteó desmontar este legado que define a la cultura de Occidente. En el hogar, con los hijos, en la escuela, en la comunidad la relación con los adolescentes es siempre conflictiva, problemática. Supongo que la única solución a esta mutua incomprensión es romper la distancia, curarnos de los temores platónico-cristianos. Claro está, para ello no bastan las buenas intenciones, se trata de un trabajo con nosotros mismos, un trabajo de remisión de un padecimiento que nos acompaña ya por más de dos milenios.

La relación adulto-adolescente es para nosotros un tema tabuado, aunque se diga que la sociedad occidental contemporánea ha superado todos los tabúes, incluso plantear el tema convierte a quien lo hace en un sospechoso. Una moral hipócrita recubre todo esto ya que la misma sociedad que no quiere tocar el tema es ésta en la que se ha desarrollado hasta niveles nunca vistos el turismo sexual, en particular de adultos europeos y norteamericanos en busca de los servicios sexuales de adolescentes de los países del llamado Tercer Mundo.

Esta doble moral, pecaminosa, culposa, casta y porno a la vez, debe ser sustituida por una moral no prescriptiva, por una moral basada en la prudencia, en la que la relación adulto-adolescente pueda ser menos prejuiciosa, menos basada en el mutuo desconocimiento. La pedagogía debe utilizar inteligentemente ese deseo del adolescente de ser adulto en la enseñanza de las artes, de las ciencias, de las humanidades, del deporte. Cuando hablamos de pederastia pensamos de inmediato en

la relación sexual, pero un aspecto fundamental de esta pedagogía es el de la emulación, la emulación con el ejemplo presenciado, vivido, practicado, en la adquisición de los conocimientos para la práctica de cualquier disciplina.

La imagen del adolescente es omnipresente, del adolescente solo o con otros adolescentes; así como cuando se representa al adulto se le representa solo o entre adultos. Esa representación es, sin proponérselo, fiel a la realidad que representa, las relaciones adulto-adolescente en la cultura occidental actual, marcada por la distancia, por el temor al incesto, por la noción de pecado, por el temor a la acusación de pederasta. Y cuando ocasionalmente aparecen mezclados, lo hacen en situaciones que auto confirman en su escisión a la moral oficial: la relación adulto-adolescente no puede ser sino pecaminosa, incestuosa, pederástica.

En nuestra cultura, que efectivamente se ha hecho más lúdica, más deportiva, más festiva, más estética, más audiovisual, más sensible, más femenina, más juvenil, es absurdo que no se redefinan las relaciones adulto-adolescente, a partir de un conocimiento más profundo de la sexualidad desde la más temprana edad, que incluya el aprendizaje de la prudencia que cada uno debe tener en el cuidado de su cuerpo y en la relación con los otros. Remitirnos de la noción de pecado que marca en particular la relación adulto-adolescente en la cultura occidental contemporánea, sin llegar a los extremos de la pederastia griega, puede hacernos salir de esta contradictoria relación que se debate entre la seducción y el estigma, puede hacer –esto quizá sea sólo un deseo– que menos adolescentes estén involucrados en actos criminales, generalmente como víctimas.

Referencias

Jean Baudrillard, *De la séduction*, Éditions Galilée, Paris, 1979

Erving Goffman, *Stigma*, Prentice-Hall, 1963

[Http://fyl.unizar.es/historia_antigua/Grecia/pederastia.html](http://fyl.unizar.es/historia_antigua/Grecia/pederastia.html) (consulta 11/01/00)